

Perplejos se hallaban á la sazón los sobrinos, no sabiendo cómo desenlazarían aquel enredo sin que el tío se enojara de tan pesada burla, cuando al ser llevado por el jardín y encontrarse con una turba de supuestos moros que penetraban en son de guerra, se desmayó, facilitando así el fin de la comedia, que se redujo á ponerle en su poltrona y á dejarle, al recobrar el sentido, en la creencia de que fué sueño cuanto le pasó. Entretanto, quitaron de allí tapices, sitaliales y cornucopia, repusieron los antiguos muebles y cambiaron de traje los sobrinos. Al volver en sí, D. Pedro cree estar sumido en alguna mazmorra; pero el conocido aspecto de su casa y las palabras de sus gentes le tranquilizan y confirman en la idea de que ha dormido una siesta muy larga. ¡ Con qué delicia saborea el chocolate! ¡ Con qué indignación rechaza á D. Félix que se le acerca trayendo un infolio para consultarle varios pasajes de añejas crónicas! ¡ Cómo se apresura á disponer que al siguiente día se case el mismo D. Félix con Inés, cuando ésta le propone retardar la boda otros veinte años por haberse persuadido de que su novio no la ama como amaron los Rodrigues, Macías y Abelardos, y estar resuelta á seguir cuidando á su tío y dándole gusto en la adopción de todo lo antiguo; y, de consiguiente, á transformar la casa en alcázar con torres,

fosos, rastrillos, puentes y enanos, comer salpicón y tasajo y beber hipocrás! Ordena D. Pedro que llamen al escribano y avisen al cura, y sigue diciendo:

....."Lo mando,
Sí, señor, como también
Que nadie me hable de cambios,
Alcázares ni nastrillos,
Tasajos mi bebistrajos.
Vivamos como en Chinchón
Se vive, y no nos metamos
En dibujos."

Me he detenido más al dar idea de esta pieza, porque generalmente ha sido poco apreciada, cuando en mi concepto, repito, es la que mejor demuestra el genio cómico de Gorostiza. Por lo demás, si "Indulgencia para todos," por su estructura y su fin moral elevado, nos recuerda "La Verdad sospechosa" de nuestro compatriota Ruiz de Alarcón; y si "Las costumbres de antaño," por su naturalidad, intriga, sátira y chiste, y hasta por la fluidez y facilidad de su versificación pudiera figurar entre las comedias de Bretón de los Herreros, la intitulada "Contigo pan y cebolla," de que voy á ocuparme, reúne á un fin moral como el de la primera, la gracia y el chiste de la segunda, y es, probablemente, la mejor de las tres, y una de las mejores de todo el teatro moderno.

Ridiculeces engendradas en la exaltación de ideas y sentimientos por el romanticismo, prestaron asunto á esta comedia. En nuestros días, el becerro de oro tiene muchos adoradores en el bello sexo; pero en los días de "Contigo pan y cebolla," para las jovencitas que tomaban vinagre y oían paja quemada á fin de estar pálidas, y que se creían predestinadas á aciaga suerte, no pocas veces importaba un grave inconveniente el que los novios fuesen ricos, por no parecerles posible ó poética la alianza de un amor ardiente y sincero con las comodidades materiales de la vida. Por otra parte, un novio honrado y cuerdo, consentido y patrocinado de los padres de la joven, y que sin alborotos ni escándalos la llevaba ante el cura, tenía también mucho de insípido y prosáico. Los obstáculos y las contradicciones, la oposición y maldición paternas, el rapto, el remordimiento, el veneno, las lágrimas, la miseria, el amor en una cabaña, solían aparecer en expectativa formando para la gente de buen tono, inspirada con la lectura de las producciones literarias en boga, la parte mágica y tentadora del drama de la vida, como si sus tristes realidades y la humana condición de suyo no fueran ya carga suficientemente pesada para nuestros hombres.

Tal es el caso de Matilde, hija única y mimada de D. Pedro de Lara, hombre de

buen sentido y de bondadoso corazón, y que disfruta de comodidades en su casa y del aprecio de la sociedad. Preténdela Eduardo, joven de iguales prendas que el suegro, y además rico: es correspondido de Matilde, cuya enfermiza imaginación, apacitada con la lectura de novelas, se figura que tan luego como conozca la mutua inclinación su padre, montará en cólera, cerrando al pretendiente sus puertas y haciendo comenzar para los novios el con-sabido martirio. Al revés, naturalmente, pasan las cosas. D. Pedro acoge hasta con júbilo la propuesta matrimonial de Eduardo, aunque dejando á su hija en libertad de aceptarla ó rechazarla; y al ver ella tal facilidad y al saber que el joven es de ilustre cuna, rico, mayorazgo y que ha de heredar un título de alguacil mayor, se resfría y aplaza su resolución, diciendo para sus adentros: "¡Mujer de un alguacil mayor! ¡No faltaba más!"

Perplejos y atónitos quedan los presuntos suegro y yerno con semejante desenlace á que, de pronto, no hallan remedio; pero á poco recibe el primero carta del segundo, en que le suplica que cuando se presente en su casa, lo cual hará de allí á una hora, se niegue bruscamente á admitirle y diga en contra suya cuanto malo se le venga á la boca. Como un gran favor pide esto el desdichado pretendiente, ofreciendo

comunicar á D. Pedro su plan luego que puedan hablarse á solas. Duda D. Pedro si Eduardo se ha vuelto loco, cuando llega éste á la casa solicitando verle; y el viejo, tras algunas vacilaciones, le envía á decir con el criado Bruno que no quiere recibirle. Entonces Eduardo obtiene del mismo criado que pase recado á Matilde, quien igualmente se niega á verle. Escríbele allí mismo el joven cuatro palabras, diciéndola que únicamente solicita despedirse de ella antes de que los separen "el Océano ó la Eternidad;" y al leer tales renglones viene á la sala Matilde, y sabedora de que su amante desesperado con sus desdenes y convertido en pobre por haberle desheredado su tío que se empeñaba en casarle con una condesa, se marcha á vivir como un ermitaño en la Isla de Francia, patria de Pablo y Virginia, ablándase por completo y le vuelve todo su cariño. A lo mejor de la entrevista, sale D. Pedro y por indicaciones mudas de Eduardo, finge enojarse de la presencia de éste en su casa, toma de un brazo á su hija y se la lleva á su gabinete, dejando aparentemente con un palmo de narices al novio. No es necesario más para que la niña se encapriche, ruegue y lllore, y ante las reiteradas negativas de su padre resuelva, contra la voluntad de éste, casarse con Eduardo. Tienen ella y él, momentos después, otra entrevista

en que acuerdan que esa misma noche se salga Matilde por una ventana y ambos acudan á casarse en la iglesia inmediata, de donde se trasladarán á un cuarto que el novio tiene ya tomado y listo en un quinto piso en la calle del Desengaño. Matilde obliga á Bruno á auxiliarla en su fuga, amenazándole con envenenarse en caso contrario; y aunque el fiel criado quiere dar á D. Pedro aviso de lo que se trama, este no consiente en oírle, y se sale para ir á presenciar, oculto en un confesonario, el casamiento de su hija. Entretanto, suenan la hora fatal y tres palmadas y un gran suspiro en la calle, seña convenida; y Matilde, dejando una carta para su padre y ayudada de Bruno por dentro de la sala y de Eduardo por fuera, sálese con mil trabajos por la ventana, pudiendo haberlo hecho con toda comodidad por la puerta, lo cual, sin embargo, habría sido demasíadamente vulgar.

La escena siguiente es en el cuarto de los recién casados. Matilde sopla la lumbre para hacer el chocolate; los carbonos se resisten á arder; distraídos con la conversación los esposos, hierve y salta el agua y quema las manos á la señora: resuelven comerse crudas las tablillas y sin pan por no haberle. Eduardo se oculta al presentarse el casero, que viene á cobrar adelantado el mes y se impacienta y declara que

las personas de honor, sin dinero, son los peores inquilinos. Llega á recoger el candelero la vecina que le ha prestado, y da noticia de todos los demás habitantes de la casa y de los chismes y rencillas en ella reinantes, azorando con su locuacidad y ordinariez á la pobre recién casada, que va comprendiendo á toda prisa que no es miel sobre hojuelas la miseria, aun cuando la acompañe y alumbre el más tierno amor conyugal. Va á tener que lavar ella misma su ropa y la de su marido, hacer la cama y barrer el cuarto, y carece de libros y de piano para sus ratos de ocio: el recuerdo de las comodidades de que en la casa paterna disfrutaba le asalta á menudo. Una marquesa amiga suya viene en busca de cierta vecina que lava encajes, y se admira de ver á Matilde en tan triste situación; le ofrece con arrogancia proporcionarle algunas costuras, por vía de auxilio, y se complace en humillarla de todas maneras. "¡Ah Eduardo! exclama aquella, mucho te quiero, muchísimo; pero si hubiera sabido....."

Cuando comienza á desbordarse la copa, llega el antiguo criado Bruno: se asombra, á su vez, de hallar á su querida ama en tal pocilga, y le anuncia que viene á verla su padre, quien le envió delante para que le diera aviso de si estaba ó no allí Eduardo. "Su merced, dice Bruno, se

quedó de centinela en la puerta principal de los Basílios, y así, con una seña que yo le haga desde aquella ventana, con el pañuelo..." Matilde le interrumpe: "Con el pañuelo no, que quizá no lo advierta; toma esta sábana." Antes que llegue el padre, vuelve el marido, desesperado de que el relator á quien va á servir de escribiente, se haya negado á prestarle cien reales: en medio de su enojo advierte que Matilde no ha barrido ni ordenado el cuarto, y la reprende con aspereza. Matilde llora, y Eduardo se disculpa preguntando quién no tiene un momento de mal humor, sobre todo, cuando vuelve á su casa sin una blanca. Llega D. Pedro á la sazón, y Matilde se le arrodilla pidiéndole que la perdone, á lo cual pone él por condición que vivan reunidos. No sólo consiente ella de buena voluntad y á toda prisa, sino que combate y vence los fingidos escrúpulos y resistencias de su marido. En vano éste la llama aparte y le dice: "¿No es cierto que lo que á tí te acomoda es vivir tranquila en un rincón como éste, y comer conmigo un pedazo de pan y cebolla?" Ella le contesta: "Si la cebolla no me repitiera siempre que la como... Luego, Eduardo, hazte cargo... ¿podemos, acaso, desairar á Papá cuando se muestra tan bondadoso?" Se marchan, por supuesto, con el anciano, y va Matilde curada de su locura.

Perplejo me vería si para presentar muestra de los diálogos, hubiera de escoger lo más animado y gracioso, cuando la pieza toda rebosa vida y chiste. Tomo al vuelo parte de la escena primera del acto quinto, ó sea la conversación de Matilde y Eduardo mientras ella hace el chocolate:

- MAT. ¡Lo que tarda en encenderse esta lumbre!
- ED. Si no soplas derecho.
- MAT. Será culpa del fuelle.
- ED. Mira cómo se va el aire por los lados.
- MAT. ¡Ay! que no puedo más.
- ED. ¡Vaya! se conoce que éste es el primer brasero que enciendes en tu vida. Dame, dame el fuelle.
- MAT. Tómalo en hora buena.... y despáchate, por Dios, que me siento muy débil.
- ED. Ya lo creo, no cenaste anoche.
- MAT. ¡Qué descuido el tuyo! No tener siquiera un bocado de pan en casa!
- ED. Como nunca tienes apetito en semejantes días....
- MAT. Ya; pero.... pero ¿y tú?
- ED. ¡Oh! lo que es por mí, no te inquietes; y si no te enfadaras, te confesaría....
- MAT. ¿Qué?
- ED. Que por lo que podía tronar, me forré el estómago con un buen par de chuletas antes de ir á buscarte.
- MAT. ¡Pues estuvo bueno el chiste!

- ED. Ya pienso que puedes arrimar la chocolatera al fuego.
- MAT. ¡Y qué enorme armatoste!
- ED. ¿Sabrás hacer chocolate?
- MAT. Creo que se echa primero el chocolate partidito á pedazos.
- ED. No me parece que es eso....
- MAT. Entonces echaré primero el agua.
- ED. Tampoco.
- MAT. ¿Pues hay más que echar las dos cosas á un tiempo?
- ED. Dices bien, y una onza entera y otra partida.... Así no podemos errarla de mucho: pon más agua.
- MAT. ¡Si he puesto cerca de un cuartillo!
- ED. ¿Y qué es un cuartillo para dos jicaras? Llena la chocolatera, lénala...
- MAT. ¡Hombre!
- ED. Llénala y no empecemos con economías.

Hablan en seguida de sus diversas emociones de la noche anterior, y, entretanto, va hirviendo el agua, y continúa así el diálogo:

- ED. ¡Que se va el chocolate!
- MAT. ¿Qué dices?
- ED. Quítalo presto de la lumbre.
- MAT. ¡Ay!
- ED. ¿Te quemaste?
- MAT. Todo el dedo meñique.
- ED. ¡Qué desgracia!

- MAT. No es eso lo peor, sino que, como me dolía, solté la chocolatera, y....
- ED. ¿Y se habrá apagado el fuego?
- MAT. Completamente.
- ED. ¡Cómo ha de ser! En encendiéndolo otra vez....
- MAT. ¡Otra vez!
- ED. Aquí tengo las dos onzas restantes.
- MAT. Pero eso de soplar hora y media....
- ED. ¿Qué remedio tiene? A menos que no prefieras el que cada cual se coma cruda la onza que le corresponde.
- MAT. Ello, todo es chocolate.
- ED. Y en bebiendo luego un buen vaso de agua.....
- MAT. Así tendremos también más lugar para hablar de nuestras cosas.... ¡Ea, pues! Venga mi onza y sentémonos.
- ED. Tómala y sentémonos..... ¿En qué piensas?
- MAT. En nada.... en que papá estará ahora desayunando, y.... etc.

Acción natural y que no se detiene un punto hasta su desenlace; caracteres diferentes y en que no se sabe cuál sea el mejor trazado, pues hasta el del criado Bruno es acabadísimo; verdad en las situaciones, en los sentimientos, y hasta en las palabras; sobriedad de detalles, y verdadero chiste casi en cada una de las frases: tales son, á mi juicio, las condiciones de esta

comedia, la primera de todas las de Gorostiza, la que principalmente le dió fama, y que en su género tiene pocas que le puedan ser comparables, no obstante la crítica severa de Larra (Figaro), quien calificó de defectuoso el plan, por ser de aquellos en que varios personajes fingen una intriga para escarmiento de otro, y halló incompleto el carácter de Matilde por no poder considerarla verdaderamente enamorada, supuestas sus vacilaciones al saber que Eduardo era rico y bien acogido de su padre. El mismo Larra, después de trazar el asunto y la marcha de la pieza, dice: "Ya puede inferir el lector qué de escenas cómicas ha tenido el autor á su disposición. El señor Gorostiza no las ha desperdiciado; rasgos hemos visto en su linda comedia que Molière no repugnaría; escenas enteras, que honrarían á Moratín. El carácter del criado y las situaciones todas en que se encuentra son excelentes y pertenecen á la buena comedia. Del padre pudiéramos decir lo que dice la marquesa de su marido: no es feo ni es bonito; es un hombre pasivo, es un instrumento no más del astuto D. Eduardo. Este es un bello carácter: la carta que escribe es del mayor interés y pertenece á la alta comedia. El lenguaje es castizo y puro; el diálogo bien sostenido y chispeando gracia, etc.

IV

La escuela de Gorostiza no es otra que la de Moratín, el regenerador del teatro español, cuyo periodo, verdaderamente brillante, acabó con Solís, siguiendo una época de vaciedades y desatinos con excepciones contadísimas de piezas que, si no pecaban por el pensamiento ni la forma, carecían de la más leve chispa de ingenio. En los días de Carlos III, el conde de Aranda, apasionado de todo lo francés, creyó fomentar el teatro español dándole de modelos las mejores obras del siglo de Luis XIV; mas en el árido sendero de la imitación no surgió planta alguna notable, no obstante haber ensayado el nuevo género Moratín padre, Jovellanos, Cadalso, López de Ayala, García de la Huerta y Cienfuegos; hasta que un verdadero ingenio, Moratín hijo, supo crear obras originales, ajustadas, es cierto, á los preceptos y al gusto galicanos, pero adecuadas al mismo tiempo á las ideas y costumbres de la sociedad española. A esta escuela de Moratín hijo, perteneció Gorostiza, figurando en ella en segunda línea, especialmente en sus primeras comedias, pues en la última de las que he examinado se apar-

ta del antiguo carril, y puédesse decir que cultiva un género nuevo.

Los desórdenes de imaginación y la infracción de las reglas todas del buen gusto, que caracterizaban la mala época posterior á Solís, provocaron una verdadera reacción en que las reglas eran todo y la imaginación nada, y que, preciso es confesarlo, alcanzó á la escuela misma fundada por Moratín, cuyas obras, admirables en materia de juicio, gusto y perfección artística, no se distinguen ni por la novedad y elevación de las ideas, ni por la profundidad de los afectos. Resultado fué esto no sólo de los principios literarios adoptados, sino también del estado moral de aquella sociedad, á cuya parte más ilustrada faltaban con el calor de la fe la inspiración y la energía de Calderón y Shakespeare. Nada nos da mejor la clave de la sequedad y aridez de la escuela á que me contraigo, que los prólogos de las comedias de Moratín, en que no disimula su desdén hacia los grandes maestros españoles del siglo XVII, y las obras póstumas del mismo autor, recientemente publicadas y en que aparece al vivo el verdadero y poco simpático carácter de D. Leandro.

A esta escuela, esclava del compás y de las unidades, y á cuyo brillo, sin embargo, bastarían las comedias de Moratín y Gorostiza, vino á suceder la romántica, también procedente de Francia, que antes la

había adoptado de Alemania en los dramas de Goethe y Schiller, y cuyo verdadero fundador fué acaso el autor de Macbeth, poseedor de la insólita energía y de los terribles colores que ardían y brillaban en el espíritu y la paleta del Dante. Por grande que haya sido el desenfreno del romanticismo, no se puede negar que en la comedia de sentimiento, en el drama, ha sabido emplear magistralmente los resortes que interesan y conmueven, produciendo obras admirables, sea cual fuere el gusto literario contemporáneo del espectador ó lector; pues hay que confesar que nos curamos poco de la observancia de ciertas reglas ó formas accidentales ó secundarias ante la pintura exacta y animada de las pasiones.

Del estudio filosófico de una y otra escuela debía resultar la especie de eclecticismo dominante; es decir, se había de procurar la reunión de las ventajas y la exclusión de los inconvenientes y defectos de entrambas, para alcanzar el ideal que Hartzzenbusch comprendió en dos versos:

“Al genio de Calderón
El arte de Moratin.”

Y tal es la esfera en que hoy giran las aspiraciones en España; aunque de lo poco moderno que conozco, no me parece

que las realizan en el drama sino unas cuantas piezas de Ventura de la Vega y de García Gutiérrez; por más que, en competición, su teatro actual tenga en el género cómico á Bretón de los Herreros, superior á Scribe en mi concepto, y que en irarse castiza y formas casi siempre perfectas, suele unir á la sátira de Moliere, la ternura de Lope de Vega y la filosofía de Cervantes.

Tal debe ser también aquí la aspiración de los escritores dramáticos: compartir la inspiración viril de los grandes poetas del siglo XVII, reproducida hasta cierto punto por el romanticismo, y la perfección artística de la escuela que tanto se distinguió por sus formas en España á principios de este siglo. Para conseguir lo primero, hay que apartarse del culto dado á la materia; hay que elevar el espíritu á las regiones de la fe y que templar el corazón al fuego de todo afecto noble, sin que obste la degradación moral común, pues el verdadero poeta, más bien que espejo, debe ser maestro y guía de la sociedad en que vive. Para conseguir lo segundo, bastará el detenido estudio de los buenos modelos, y contamos entre éstos las producciones de nuestro compatriota, por más que se resientan de los defectos de su escuela, además de las imperfecciones inherentes á toda obra humana.

Fuerte nuestra juventud literaria con la inspiración y con la posesión del arte, podrá realizar grandes bienes sociales haciendo que el teatro vuelva á ser la escuela de las costumbres, el foco de ideas nobles y de generosos sentimientos, y el indicador de la finura y del buen gusto. No calque para ello sus obras en las ajenas: cada época tiene sus necesidades, sus errores y sus ridiculeces, y hay que llenar las unas y que atacar los otros. En nuestros días, en que predominan la indiferencia y la inercia, el presuntuoso desprecio de lo pasado, y la sed insaciable de riquezas á que se suele sacrificar afectos y deberes, Gorostiza, en vez de escribir su "Indulgencia para todos," sus "Costumbres de antaño" y su "Contigo pan y cebolla," habría puesto acaso en escena la conveniencia de cierta severidad de principios para atajar la corrupción y la bajeza; lo absurdo del desprecio á nuestros antepasados cuando las ventajas de la civilización actual no son en mucha parte sino el resultado de sus esfuerzos y conquistas; el médo, ya no muy raro, de fingirse rico para obtener la mano de una joven, poniéndole casa lujosísima que proveedores ó acreedores han de vaciar pocos días después de la boda; habría escrito, en resumen, la antítesis de lo que escribió. Esto en cuanto á las ideas; por lo que respecta á las formas, al arte,

habría evitado hoy el defecto de que adolecen sus mejores piezas, de anudar intriga entre los mismos personajes de ellas para la consecución del fin propuesto, lo cual hace que el plan sea incompleto y que en cierto modo se duplique la comedia para el espectador; no se habría encadenado tanto en las unidades de tiempo y lugar, no obstante la facilidad con que su talento disimulaba tales trabas: habría dado concisión y rapidez á la exposición de sus asuntos que, en lo general, es difusa y monótona; habría limado algo sus versos, que suelen resentirse de precipitación y desaliño; habría, por último, suprimido locuciones y chistes que aun en su tiempo le fueron criticados, y que no son, por otra parte, sino lunares pequeñísimos al lado de las bellezas en que abundan sus obras.

Si nuestro teatro nacional ha de ser con el tiempo una realidad, habrá que atender algo á la substancia, ya que no á la forma de estas reflexiones, y habrá que empezar por crearse un público, ó al menos por depurar el gusto al que hoy tenemos, y que, preciso es reconocerlo, en su gran mayoría va muy atrás en materia de inteligencia ó de inclinaciones respecto del que sa-
loreaba entusiasmado verdaderas piezas de mérito en los buenos tiempos del Principal. De nada servirá la escuela de declamación, ni tener actores como los de

aquella época, mientras la concurrencia á los teatros prefiera el "Proceso del Cacán" á la buena comedia. A depurar tal gusto y á excitar el espíritu nacional, contribuiría indudablemente la repetición de las piezas de nuestros antiguos y modernos escritores, Ruiz de Alarcón, Gorostiza, Calderón, Rodríguez Galván, Serán, Anievas. Este tributo de estimación á las obras propias se paga en todos los pueblos civilizados, por más que hayan cambiado las costumbres sociales y las formas mismas de la escena; y vemos que en España son representadas hoy las comedias de capa y espada de Calderón de la Barca; que en Francia la Raquel ha debido principalmente su fama á la ejecución de las tragedias de Racine, y que la más alta sociedad de Londres acude solícita á gozar de los dramas de Shakespeare.

El día que esto se practique en México, al mismo tiempo que se irá formando el gusto del público, se renovará y popularizará la memoria de nuestros autores dramáticos; y entonces el ingenio á quien celebramos esta noche unos cuantos aficionados á las bellas letras, obtendrá su verdadera apoteosis en la estimación y el cariño de todo un pueblo ilustrado; de la patria á quien consagró sus útiles tareas diplomáticas, á quien defendió como bueno en los campos de batalla, y en cuyo hori-

zonte brilla el sol de su gloria que saludarán, en su ascensión, las naciones todas en que se habla la hermosa lengua castellana.



CALLE DE LA FORTUNA

APENDICE.

I

NOTICIAS PERSONALES Y DOMESTICAS.

En los apuntes biográficos acerca de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, publicados en época anterior, se nota desacuerdo respecto del mes y año de su nacimiento. El compilador del "Tesoro del Teatro Español" y D. Miguel Lerdo de Tejada en sus "Apuntes históricos de la ciudad de Veracruz" le fijan el 13 de noviembre de 1790; mientras el mismo Gorostiza, en su ocurno al Gobierno mexicano, asienta haber nacido el 13 de octubre de 1789, cuya fecha siguió D. Florencio María del Castillo en su artículo necrológico. Aunque el aserto del interesado bastaba por sí solo á resolver toda duda, acudí á los registros parroquiales de Veracruz y obtuve la siguiente copia de su partida de bautismo:

"Vicaría foránea de Veracruz.—A fojas 50 vuelta.—Partida.—Manuel María del Pilar Eduardo Gorostiza.—En la ciudad de la Nueva Veracruz en trece días del mes de octubre de mil setecientos

echenta y nueve: Yo, el Dr. D. José María Laso de la Vega, cura propio por S. M. en esta Iglesia Parroquial, título la Asunción de Nuestra Señora, Vicario foráneo y Juez eclesiástico.—Certifico que con mi anuencia el señor Dr. D. Juan Gregorio Monge, Vicario castrense y Examinador sinodal de este Obispado, bautizó solemnemente á Manuel María del Pilar Eduardo, niño del mismo día nacido, hijo ilegítimo del señor Brigadier D. Pedro Fernández de Gorostiza, Inspector general de las tropas del Reino de Nueva España y Gobernador actual de esta plaza; y de la señora Doña María del Rosario Cepeda, Regidora honoraria de la ciudad de Cádiz; españoles.—Fué su padrino D. Félix de Cepeda, Alférez de navío de la Real Armada, á quien advertí el parentesco espiritual y la obligación de enseñar la doctrina cristiana á su ahijado. Y lo firmé.—Dr. José María Laso de la Vega."

El anterior documento consigna la alta posición del padre de Gorostiza; mas para formarse idea de la importancia de su cargo, hay que recordar que en la época colonial el puerto de Veracruz era reputado llave única de la Nueva España, y que el nombramiento de los gobernadores de dicha plaza y de la fortaleza de Ulúa—s subordinado el segundo al primero—se hacía directamente por el rey, recayendo siem-

pre en personas ameritadas y de absoluta confianza. Las facultades del de Veracruz, restringidas anteriormente al mando de las tropas de la plaza y del castillo en lo militar, y en lo civil á las que tuvieron los corregidores; desde 1787, al establecerse las intendencias de provincia, se hicieron extensivas á la provincia toda, ejerciéndose, además, en los ramos de hacienda, policía y buen gobierno.

Desempeñaba tal cargo el mariscal de campo D. Bernardo Troncoso, cuando en junio de 1789 llegó la noticia de haber sido nombrado D. Pedro Fernández de Gorostiza para sucederle y encargarse de la subinspección del ejército de Nueva España; recibiendo al mismo tiempo Troncoso el nombramiento de presidente de la real audiencia de Guatemala. El 8 de Agosto siguiente, llegó en el navio de guerra "San Ramón" el nuevo virey D. Juan Vicente Güimez y Horcasitas, conde de Revillagigedo, viniendo en compañía suya el nuevo gobernador de Veracruz, Gorostiza, ligado con aquel por relaciones de amistad y aun por parentesco. Bajaron á tierra á las cinco de la tarde del 9, saliendo á recibirlos el gobernador interino D. Miguel del Corral, (1) quien hizo entrega de las

(1) Abuelo del Sr. Lerdo, Presidente de la República.

llaves de la ciudad al virey. No dejaron de aumentar en favor del nuevo gobernador la consideración y el respeto de sus subordinados, así la intimidación con que le trataba el virey, como el rasgo de severidad de éste, que, al presentarsele alguno de los jefes de la guarnición llevando el bastón bajo el brazo, se le hizo tomar en la mano. Gorostiza recibió el despacho de mariscal de campo en Enero de 1790, y bajo su administración tuvo lugar la solemne proclamación de Carlos IV, se establecieron puestos guardacostas para perseguir á los contrabandistas y piratas en el golfo de México; y se dió principio á la obra de introducción de las aguas del río de Jamapa á Veracruz. (2)

La esposa de D. Pedro y madre de D. Manuel Eduardo, se llamaba Doña Mariana del Rosario Cepeda, como se ha visto en la fe de bautismo del hijo, y se daba por descendiente de Santa Teresa de Jesús (quien llevaba el mismo apellido), comprobándolo con los papeles de su casa. Fué, dice el compilador del "Tesoro del Teatro Español," señora de extraordinario mérito, y tanto, que á la temprana edad de doce

(2) El mismo Gorostiza regaló á la ciudad de Veracruz el reloj público que hubo en ella antes del que le fué regalado por el Sr. D. Ramón de Muñoz y Muñoz.

años la concedió la ciudad de Cádiz, su patria, honores de regidora perpetua, de resultas de unos exámenes públicos en que se distinguió singularmente. Hemos hecho mención de esta circunstancia que nos ha sido comunicada juntamente con estos ligeros apuntes por D. Pedro Angel Gorostiza, hermano del poeta D. Manuel Eduardo, y poeta también muy apreciable, como una prueba más sobre las muchas que ofrece nuestra historia literaria de que hay familias privilegiadas en que el talento es hereditario."

Hasta aquí lo que acerca de tal señora sabíamos en México; pero el erudito D. Joaquín García Icazbalceta me ha proporcionado la obra intitulada "Memorias para la Biografía y Bibliografía de la isla de Cádiz," escrita en 1829 por D. Nicolás María de Cambiáso; y en la página 79 del tomo I hallo los siguientes curiosísimos detalles:

"María del Rosario Cepeda, hija de un regidor perpetuo de Cádiz y del Orden de Calatrava, llamado D. Francisco y de Da. Isabel Ruiz, que la dió á luz en 10 de Enero del 1756. En 768 sostuvo unos actos literarios en público, en los que peroró en griego, latín, italiano, francés y castellano dando exacta razón de sus respectivas gramáticas, y respondiendo á más de trescientas preguntas que se le hicieron de di-

ferentes épocas de la historia. Recitó una oda de Anacreonte, tradujo una fábula de Esopo, y prosiguió en otro día explicando los elementos de Euclides en que se acreditó su claro entendimiento y singular ingenio, siendo sólo de edad de doce años y medio. Fué muy aplaudido su lucimiento. Diez y ocho distintos sujetos escribieron sobre este asunto, loando á esta señorita, de cuyos papeles se formó un volumen que se imprimió en Cádiz, en el mismo año de 1768: alguna adulación se nota en ellos. El ayuntamiento de su patria la nombró por su regidora honoraria con gages. Se desposó con el general Gorostiza. En desempeño de la confianza que mereció la Sociedad Económica de Madrid al Rey, para que eligiese algunas señoras que por sus circunstancias fueran acreedoras á ser admitidas en ella, la nombró este cuerpo tan benemérito entre las catorce primeras en 1787. Falleció en Madrid en 16 de Octubre de 1816 á los setenta y un años. Escribió una "Memoria" sobre las "casas de exósitos" que tiene mérito. En el catálogo de la librería de Sancha se publica una "Oración" que pronunció en la citada Sociedad en junta pública de 15 de Enero de 1797 "en elogio de la Reina." Y en las Guías de forasteros de Madrid desde 1797 á 1808 se la ve de censora, vice-secretaria y secretaria de la junta de damas unidas á la Sociedad Matritense."